

Educarnos en valores Dos pedagogías y sus implicancias

Miguel A. Cabrera (*)

Introducción

El tema “Educación en Valores” fue novedad en el año 2002. A comienzos del año, el máximo órgano de la enseñanza pública, el CODICEN, anunció la creación de un programa específico de Educación en Valores. Para este fin se seleccionaron 20 docentes -mayoritariamente directores- que, luego de recibir una capacitación durante el año 2002, conformarían el “equipo técnico” encargado de elaborar e implantar el programa. Por otro lado, en agosto de ese mismo año, SERPAJ organizó un encuentro de “Educar-nos en Valores”. Durante las cuatro jornadas desfiló una cuarentena de organizaciones que expusieron su manera de educar en valores. La crítica, cuando la hubo, se centró en la problemática de cómo ser coherente entre lo que se dice y lo que se hace, entre los valores proclamados y la conducta concreta. Implícitamente, salvo alguna honrosa excepción, se da como algo obvio hablar acerca de valores y educar en valores. Este “facilismo” de hablar sobre los valores es lo que me sigue intrigando y que pongo a discusión en este escrito.

I. Dos pedagogías de Educarnos en valores

1. Dos maneras de plantearnos la pregunta por los valores

Una profesora decía que, si pregunta a las chicas y chicos de una clase cuáles son los valores que consideran importantes, en pocos minutos podríamos confeccionar en forma consensuada una lista larga de valores: tolerancia, respeto mutuo, solidaridad, justicia, etc. Se pregunta luego la profesora, ¿viven en la práctica esos valores que confiesan? Terminaba su reflexión diciendo que los valores no se enseñan sino que deben ser vividos. Surge entonces la pregunta: ¿En lugar de comenzar la clase preguntando por los valores que los alumnos consideran importantes, no cabría la posibilidad de preguntarles directamente por los valores que ellos perciben actuantes en su vida?

Estas dos maneras de preguntar toman dos direcciones distintas. La primera manera remite al mundo de las ideas y de las opiniones; la segunda, remite al mundo de la vida, y de la experiencia individual y colectiva. Cuando se toma el primer camino, se habla de la justicia, de la solidaridad, etc., en forma genérica. El segundo camino invita a reflexionar sobre los valores, no en forma genérica, sino en la forma concreta en que ellos se hacen presentes en su manera de ser y comportarse. El primer camino, que comienza hablando en forma genérica de los valores, puede conducir, aunque no siempre, a la

necesidad de indagar si esos valores que se profesan se dan realmente en la práctica. Se podría pensar, por lo tanto, que da igual andar por uno u otro de los dos caminos. Pues bien, yo pienso que no es así, que no es indiferente. Veamos las razones.

La primera manera de preguntar crea de inmediato una brecha entre pensar y vivir. Presupone que uno puede comenzar a hablar de valores en forma universal como si fueran ideas que tuvieran existencia propia en sí mismas, independiente de la vida de quienes en ese momentos están hablando de valores. Esta manera de plantear la problemática centra necesariamente la tarea pedagógica en cerrar esa brecha que se acaba de abrir entre proclamación de valores y su aplicación. Para este trabajo pedagógico los docentes pueden disponer de diferentes técnicas, todas ellas dedicadas a *simular* en la clase situaciones reales de la vida y a ensayar diferentes respuestas según se quiera aplicar uno u otro de los valores enunciados. A esta práctica educativa se la llamaría “educar en valores”.

Las derivas de este trabajo pedagógico pueden ser varias. Algunos vivirán esa separación inicial entre proclamación y aplicación de valores como una tensión saludable que dinamiza su vida; otros, en cambio se resignarán ante una imposible adecuación y aprenderán a caminar en dos andariveles distintos, el mundo de las palabras y el mundo del actuar concreto; otros, en fin, aprenderán a servirse de esta separación para obrar de acuerdo a sus intereses no confesados y usar el mundo de las palabras para aparentar, engañar o manipular a otros, sobre todo, si se trata de personas que ocupan una posición de poder. En estos casos, el doble discurso, la hipocresía, y en muchos casos, un no disimulado cinismo, protagonizan la escena.

Si tomamos el segundo camino, el de preguntarnos sobre los valores achutes en nuestra vida, estamos ante otra pedagogía. Si hablamos de “nuestra” vida, ¿cuál es el ámbito de vida que tomamos en consideración? Esta es la primera delimitación a hacer. ¿El ámbito de la escuela? ¿El ámbito de la clase? ¿El ámbito del barrio? La delimitación del ámbito exige la constitución de un sujeto, de un “nosotros”, el único sujeto que puede plantearse la pregunta: “¿Qué valores están actuantes en nuestra vida?”. Delimitado el ámbito y constituido el sujeto de la acción y reflexión, surgirá posiblemente una pregunta básica que aparece raramente en la primera pedagogía; ¿qué entendemos por valor? El primer camino, al plantear en forma inmediata y genérica la pregunta por los valores considerados importantes, vuelve superflua la pregunta de qué entendemos por valor.

Prosigamos con la pedagogía del segundo camino. Cuando una determinada comunidad se pregunta sobre los valores actuantes en su vida, la respuesta nunca será ni genérica ni especulativa. Por el contrario, esa pregunta suscita una búsqueda en común, comunicación y diálogo de experiencias y reflexiones. La respuesta nunca será obvia y tendrá un carácter tentativo. Legará un momento en que el sujeto colectivo, reflexionando sobre su manera de ser, actuar y relacionarse, y a través de ese proceso de reflexión y diálogo, sentirá la necesidad de nombrar y conceptualizar los valores actuantes, es

decir, aquello por lo cual la comunidad hace determinadas opciones de vida. Esta conceptualización de los valores servirá de principio de orientación para la comunidad y será puesta a prueba en su proceso posterior de vida.

2. Proliferación de los discursos genéricos y universales

Importa darnos cuenta que en el ámbito internacional vivimos -desde el fin de la segunda guerra mundial y desde el sentimiento de nunca más esa barbarie- la explosión de un mundo de palabras y documentos escritos donde eufóricamente vivimos el mundo de los valores, de los derechos humanos y de todas las buenas intenciones. La siguiente cita de Ignacio Ramonet (el “Dipló”, Diciembre 2002) ilustra ese clima: “Ante estas nuevas amenazas, los ciudadanos, tras haber obtenido los derechos políticos, y después los sociales, reclaman una nueva generación de derechos, esta vez colectivos: el derecho a una naturaleza preservada, el derecho a un entorno no contaminado, el derecho a la ciudad, el derecho a la paz, el derecho a la información, el derecho a la infancia, el derecho al desarrollo de los pueblos...”

Parecería que los ciudadanos más conscientes de las realidades terribles que sufren millones de personas humanas, y de amenazas de vida que se ciernen sobre todo el mundo y el planeta Tierra, están logrando arrancar de sus gobernantes y poderosos la multiplicación de convenciones, conferencias, tratados, la creación de todo un mundo de palabras. Se dirá que es una gran conquista de nuestro tiempo la formulación de todos esos derechos. Quizás sí, pero siempre y cuando no dejemos de tener en cuenta verdaderas catástrofes que siguen ocurriendo, sobre todo en las poblaciones más empobrecidas. Inmersos en ese mundo de palabras, ¿no corremos el riesgo de educar a nuestros niños y jóvenes de tal manera que se vuelvan incapaces de sentir y percibir la realidad en que viven, aunque esta sea más dolorosa y menos sublime que aquel otro mundo? Por todo esto parecería más conveniente que toda educación en valores comience y termine en la percepción y reflexión de su propio mundo de vida.

II. Implicancias de una pedagogía de educarnos en valores

1. Los valores, principios de orientación y no de determinación

Ante la proliferación de ese discurso “facilista”, que da por sobreentendido lo que entendemos por valores y por educar en valores, la pregunta qué entendemos por “valores” puede percibirse como innecesaria. Esta actitud no haría más que mostrar lo pertinente de la pregunta.

El ser humano es un ser abierto y no programado. Pasan los siglos y el hornero sigue construyendo su nido del mismo modo, y las hormigas sus hormigueros. Esta no determinación del ser humano lleva en sí la potencialidad de alumbrar un mundo más humano (digno, solidario, fraterno, justo, etc.) o la de producir un mundo menos humano (hambrunas, muertes tempranas, guerras, persecución, discriminación, represión, dominación, odios, rencores, desigualdades insostenibles, etc.). La vivencia de esta doble potencialidad inherente a la condición humana, la podemos llamar experiencia moral.

Podemos también llamarla experiencia del bien y del mal, siempre y cuando no neguemos la presencia de ambas potencialidades en nosotros, en tanto seres individuales y colectivos. Esta experiencia es la que sirve de fundamento a todo discurso auténtico sobre valores.

Podemos decir que la satisfacción de las necesidades actúa como principio de determinación en los seres vivos, menos en el caso de los seres humanos, salvo situaciones extremas y excepcionales. Con todo, hubo una tradición de pensamiento que distinguía el mundo de la necesidad del mundo de la libertad. El primero estaría unido a la producción y adquisición de bienes materiales para la satisfacción de las necesidades. El segundo estaría reservado para todos aquellos que, liberados de esa preocupación, podrían ocupar su tiempo en actividades más nobles, a la creación, al estudio, a las artes. Este sería el mundo de las opciones libres, el mundo de los valores. En esta manera de pensar la satisfacción de las necesidades básicas excluye toda consideración de valores. Todo este espacio está ocupado por instrumentos, y mecanismos de producción y comercialización bajo el gobierno de la razón instrumental.

Es en este punto que el economista chileno Manfred Max-Neef, (1) especialista en desarrollo humano, hace un aporte decisivo al distinguir entre necesidades humanas y satisfactores de esas necesidades. Afirma además que las necesidades humanas son limitadas y las mismas para todos los seres humanos. En cambio, los satisfactores son ilimitados y cambian con el tiempo y según la cultura. Es decir, lo que cambia es la manera como se satisfacen esas necesidades en una sociedad o en otra, en un sistema económico o en otro. La relación de los seres humanos con sus necesidades está siempre mediada por los satisfactores. Los valores actúan juntamente como principio de orientación en la elección y producción de los satisfactores. No obstante, las Naciones Unidas toman como índice de desarrollo humano la satisfacción de las necesidades básicas sin tener en cuenta esa importante distinción, es decir, el modo particular de cada cultura de satisfacer sus necesidades. Además, usa la categoría de “necesidades básicas” para distinguirlas de otras necesidades no básicas, siguiendo la opinión de que las necesidades humanas son ilimitadas.

Este proceso valorativo de selección y producción de satisfactores es muy difícil de percibir. No es obra de seres humanos aislados sino fruto de complejos procesos culturales e históricos. Educados como estamos dentro de una matriz individualista, nos cuesta soportar la idea de que la elección de los valores que orientan básicamente nuestra vida sea fruto de complejos procesos colectivos. Nos conformamos más bien a la idea de que la satisfacción de nuestras necesidades básicas nos determina y acota el campo de nuestra libertad, y preferimos imaginar un mundo de libertad separado de nuestro mundo de necesidades. No es casualidad que nuestra cultura predominante sea hija de una sociedad de amos y esclavos.

2. Los valores, una realidad individual y social

Cuando nos hacemos la pregunta por los valores actuantes en nuestro ámbito de vida personal, familiar, de trabajo, estudio, militancia, etc., caemos en la cuenta que esos valores no aparecen ni se dan a conocer de inmediato.

Su presencia en la conciencia individual o colectiva se dará al final de una larga búsqueda de observación, análisis, reflexión, autocrítica, diálogo, compromiso. La pedagogía de educarnos en valores ha de guiar este proceso. Es decir, una primera decisiva etapa de educarnos en valores es el esfuerzo por explicitar los valores que orientan nuestra vida.

Nuestra práctica cotidiana, aunque está regida por un sistema de valores, aparece como una trama de comportamientos y actividades que responden a una serie de requerimientos y obligaciones inmediatas. Aun las pequeñas opciones que se nos presentan en cada ámbito de la vida solemos hacerlas sin una apelación explícita a valores. Esta invisibilidad de los valores puede llevarnos a creer en su ausencia o en su irrelevancia. Cuando esto sucede, no nos debe sorprender que hablemos solo de determinaciones y condicionamientos, y en última instancia, de que hemos de resignarnos a vivir la vida que nos toca vivir, que otro mundo no es posible.

Este estado de conciencia se hace aun más difícil de superar cuando no vemos más allá de nuestros cuerpos, cuando creemos que todo depende de nuestros propios esfuerzos y de nuestra propia manera de pensar. En la medida en que perdemos de vista la dimensión social de nuestra existencia, perdemos la capacidad de percibir los valores que orientan nuestra vida. Todos los valores tienen una existencia social, en la misma medida que cada vida individual forma parte de una trama de vida que comprende a todos los seres vivientes. Los seres humanos influimos a su vez en esta trama de vida, para bien o para mal. Esta influencia no sucede nunca en solitario sino en la unión y cooperación, para bien o para mal. La actual demencia militarista es una realidad colectiva, no es obra de un hombre. Sería más fácil aunque ilusorio identificar los valores que orientan esta escalada de muerte si los atribuyéramos a una persona, sea ésta Bush o Hitler. Así estamos inmersos en una trama colectiva de vida, así también nuestras vidas están orientadas por una trama colectiva de valores. Podemos resistir y transformarlos, pero nunca individualmente. La energía y la interioridad inherente a cada ser humano no es para consumirse ilusoriamente en una empresa individual sino para influir a través de la unión y cooperación con otros seres humanos en la trama de la cual formamos parte.

A modo de conclusión

La pregunta de la profesora a sus alumnos/as, qué valores consideran ustedes importantes, y su correspondiente pedagogía, responde al discurso habitual sobre educar en valores. Llegados al final de estas reflexiones, podemos darnos cuenta que ese discurso puede conducirnos a un mundo ilusorio de ideas que poco tienen que ver con la trama de valores que están orientando nuestras vidas individual y colectivamente. Hablar de los valores operantes en nuestras vidas y no de la justicia, solidaridad, paz, como nociones abstractas y genéricas, supone un proceso de observación, reflexión, autocrítica

compartida y comprometida de un “nosotros”. Supone vislumbrar el complejo proceso por el cual los valores actuales rigen la selección y producción de los satisfactores con los que satisfacemos nuestras necesidades. Supone, por lo tanto, aventar la ilusión de un mundo de libertad que solo existiría cuando están satisfechas las necesidades “básicas”. Cambiar supone el conocimiento previo de lo que queremos cambiar. Por todo esto, privilegiamos la pedagogía que comienza con la pregunta por los valores operantes en nuestros ámbitos de vida y en nuestra práctica cotidiana.

(1) Desarrollo a Escala Humana: Conceptos, Aplicaciones y Reflexiones, Editorial Icaría, Barcelona, 1993. Economía Descalza. Señales desde un Mundo Invisible (capítulos seleccionados) Editorial Nordan, Montevideo, 1991

(*) Licenciado en Filosofía y en Teología. Doctorandus en Ética Social. Terapeuta familiar sistémico.